

La oración asegura la bendición

Pastor: Oscar Arocha

Junio 29, 2014

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Estas cosas habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a ti.” - (Juan 17:1)

Al leer este versículo se podrá notar que menciona un hablar previo: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz... Estas cosas habló Jesús,” (v16:33, v1), esto s, les enseñó, y luego nuestro texto: “Habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre” (v1); se trata de una oración o que después de Su predicación, oró. El escritor al iniciar su narración indica las circunstancias del evento. El Señor Jesús había enseñado e inmediato oró pidiendo la bendición del Padre sobre lo predicado, de modo que tenemos el orden seguido por el Hijo de Dios en la predicación de las Escrituras, esto es, que oró tan pronto como terminó de predicar o que de la predicación pasó a la oración, diciéndonos así que la Palabra de Dios no obra sin la Gracia divina.

Los predicadores podrán abrir y explicar las Escrituras, con sencillez y notoria claridad, lo cual es bueno, pero no suficiente, porque le faltaría la obra de Dios, el cual es abrir el entendimiento de los oyentes, ya que los asuntos espirituales no tendrían cabida eficaz en el alma humana, a menos que Dios le de esa eficacia. Por eso cuando Dios nos hable, ya sea por la lectura de Su Palabra o la predicación del Evangelio, debemos hablarle otra vez a El, o presentarle nuestras acciones de Gracia o ruegos sobre lo que nos dijo.

Entiéndase que los que oyen un sermón y no oren la bendición del Señor sobre lo que oyeron, pudieran no ver a Dios, sino la oratoria de un hombre que les presentó argumentos y razones, o que sólo oyeron un orador. Lo que tú oigas debe ser ayudado por tu oración a Dios. Si tú has de tener la gloria de Cristo y la eficacia del Espíritu contigo, entonces debes tomar Su curso de acción, imitarle.

El sermón será así: **Uno**, El Fervor del Señor Jesús en esta oración. **Dos**, El Contenido de Su oración.

I. EL FERVOR DEL SEÑOR JESÚS EN ESTA ORACIÓN

Jesús fue muy diligente y entusiasta con las cosas santas; nótese: “Durante la cena” (v13:12); luego predicó: “No se turbe vuestro corazón; creed en Dios, creed también en mí... Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz” (v14:1,33). y

finalmente oró: "Habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre" (v1); lo cual da una gran diferencia con nosotros los Creyentes, porque nuestro servicio a Dios no es como el Suyo, sino que nuestra religión viene por destellos o chispas esporádicas. Quiero aprovechar esta verdad para aplicarlo en cuanto al Día del Señor, y en este día cultivar la meditación, escuchar la Palabra, y la oración. Porque si anhelamos un cambio sustancial en nuestras vidas debe haber un cambio en esto, en los ejercicios santos más que un cambio en los afectos, porque después de llegar al calentamiento será mucho más fácil seguir en los actos de devoción a que se nos manda, y cuando una ubre se seque entonces hagamos como los corderillos que se pasan a chupar la otra que tiene nuevos suministros y dulzura. Mire como combatir la mundanalidad: "No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución, sino sed llenos del Espíritu" (Efesios 5:18), esto es, que así como para llenarse de vino hay que ingerirlo o tomarlo, para ser llenos del Espíritu hay que comer con fe los medios de Gracia: Perseverar en las doctrinas, orar más, leer más, meditar más y amar más.

Levantando el Alma. Llamo vuestra atención sobre el texto: "Alzando los ojos al cielo"; es interesante que las Escrituras toman nota de la postura de nuestro Salvador en la oración, y son notables porque Sus gestos o maneras fueron expresiones de los estímulos del corazón sobre los miembros de Su cuerpo; mire como es narrado cuando oró en Getsemaní: "Cayó sobre su rostro, orando y diciendo: Padre" (Mateo 26:39); en cambio aquí levanta Sus ojos al cielo. Cuando El estuvo bajo el enorme peso de nuestros pecados, Su postura fue de humillación, pero ahora en procura de misericordias para Su pueblo, fue de confianza en Dios Padre. De cierto que los gestos del cuerpo cuando son manifestaciones de los afectos. reflejarían las disposiciones del alma.

Entiéndase, pues, que la oración es la elevación del corazón a Dios, y es conveniente que la postura del cuerpo sea adecuada a ese estado del alma; y así lo expresa David: "A ti, oh SEÑOR, elevo mi alma" (Salmos 25:1). Sobre esto Manton comenta: "Cuando tú converse con Dios, no necesitas cambiar de lugar, sino levantar tus afectos. En la oración Dios hace descender los cielos y uno sube a encontrarlo con el corazón; no se trata de levantar la voz, sino el espíritu. Levantar la voz y los ojos es bueno cuando se trate de una sincera expresión del amor, pero lo principal es alzar el corazón. la ciudad de Santiago está más alta que la ciudad capital, pero al ir hacia la capital decimos que subiremos allá, porque la capital es más importante. Para levantar el alma a Dios es necesario estar consciente de la excelencia de Su majestad y Grandeza, acercarnos a El con reverencia; como indica Salomón: "No te des prisa en hablar, ni se apresure tu corazón a proferir palabra delante de Dios. Porque Dios está en el cielo y tú en la tierra; por tanto sean pocas tus palabras" (Eclesiastés 5:2).

Su Voz. Leemos: "Dijo", esto es, que Jesús oró con voz audible y a oídos de Sus discípulos; y lo hizo así porque no sólo es nuestro abogado, sino también nuestro Maestro y consolador, o que oró con voz audible y no en silencio para instruirnos y fortalecernos, como luego lo explicó: "Ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo para que

tengan mi gozo completo en sí mismos" (v13); que en las pruebas y tribulaciones que los Creyentes puedan tener, logren sacar consuelo del asunto de esta oración. Dios ha hecho el alma y el cuerpo para servirle, y las oraciones habladas son tan necesarias como las pensadas, o que los fuertes afectos no sean limitados a los pensamientos, en ocasión es necesario expresarlos; tal cual David: "Enmudecí, y callé; guardé silencio aun acerca de lo bueno, y se agravó mi dolor. Ardía mi corazón dentro de mí; mientras meditaba, se encendió el fuego; entonces dije con mi lengua" (Salmos 39:2-3). De manera, que es bueno también orar de modo audible tanto en público como privado.

II. EL CONTENIDO DE SU ORACIÓN

Aquí el Señor Jesús empieza diciendo: "Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a ti" (v1). Se ven tres asuntos: Una palabra de confianza: "Padre, la hora ha llegado." Una petición: "Glorifica a tu Hijo." Y por último un argumento: "Para que el Hijo te glorifique a ti."

La expresión de confianza

Leemos: "Padre, la hora ha llegado." El habla como el Unigénito Hijo de Dios, se dirige con esa confianza. Cristo aquí no dice Padre Nuestro como envolviendo Sus intereses con los nuestros, porque los Suyos son de otra clase, y es muy propio que El hiciera una distinción entre El y nosotros, puesto que El es Hijo co-igual y co-eterno con el Padre, o Hijo natural, en cambio nosotros somos adoptados por Gracia. El término Padre encierra el concepto de autoridad, amor y cuidado, los cuales son todos argumentos de paciencia; ellos tienen el derecho de gobernar y los hijos tomarlo pacientemente de sus manos, y esta expresión de Jesús encierra ese sentido de confianza.

Jesús dice: "La hora ha llegado"; esto es, la hora que estaba previamente definida en el decreto divino; establecida y señalada por el eterno consejo de la Trinidad; no por necesidad o imposición de las criaturas, sino por la sabia ordenación de la providencia del Creador. Ningún hombre podía disponer de Jesús hasta que Su hora llegase: "Procuraban, pues, prenderle; pero nadie le echó mano porque todavía no había llegado su hora" (Juan 7:30). Pero cuando la hora llegó, el Hijo de Dios fue llevado bajo el poder de los hombres y expuesto al asalto de los demonios. Y esto se extiende a los Creyentes, o que ninguna calamidad puede caer sobre nosotros a menos que Dios lo permita. La hora, el tamaño y las circunstancias de nuestras adversidades están ya ordenadas por nuestro todo sabio y eterno Padre: "Nadie se inquiete por causa de estas aflicciones, porque vosotros mismos sabéis que para esto hemos sido destinados" (1 Tesalonicenses 3:3). La hora de Cristo fue determinada y predicha en las profecías, porque Dios hace todo en el tiempo adecuado; El tiene sus días y horas: "Yo, Daniel, pude entender en los libros el número de los años ... Es aún visión para el tiempo señalado; se apresura hacia el fin y no defraudará. Aunque tarde, espérala; porque ciertamente vendrá, no tardará" (Daniel 9:2; Habacuc 2:3). En el Señor no es como

nosotros, que toman la providencia con el lápiz de la imaginación y encerramos los decretos de Dios en el diminuto círculo de nuestras mentes, como si El debe estar siempre listo para nuestra hora.

Pregunta: ¿Por qué los hombres por su pecado sufren eternamente, pero Jesús sólo llevó una hora de padecimientos? Porque Cristo pagó la misma deuda con la excelencia de Su persona y por eso fue un breve tiempo. Un pago en oro puede ser del mismo valor que pagarlo en pesos; sólo que por la excelencia del metal ocupa mucho menos espacio. Si un hombre fuese a pagar la culpa de todos los mosquitos, su sangre sería un pago más que excelente para cubrir las faltas de todos los insectos; y la sangre inocente de Hijo de Dios derramada por nuestros pecados, cubre con creces el precio de la redención de nosotros, somos gusanos del polvo. Un Hombre pagó por millones de mosquitos.

La petición

Leemos: "Glorifica a tu Hijo"; entiéndase, que Dios glorifique a Su Hijo en los sufrimientos. Esto puede ser visto probado en dos aspectos: Gloria de esos sufrimientos, y tras la muerte.

Gloria de Sus sufrimientos. Enfoco: "Entonces, cuando salió, Jesús dijo*: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en El. Si Dios es glorificado en El, Dios también le glorificará en sí mismo, y le glorificará enseguida" (Juan 13:31-32); su significado es que ahora Jesús será mostrado como un potente y glorioso Salvador, por el cual Dios también sería glorificado. Téngase en cuenta que se trata del último combate de Cristo, y donde habría de ser manifestado el poder de la Deidad. Así que, Jesús ora por aquellas muestras y significados de Su divino poder en esta muerte, para traer luz al mundo y que Sus discípulos no pudieran recibir vergüenza por la clase de muerte que se le dio.

Gloria tras Su muerte. Así es dicho: "El Espíritu no había sido dado todavía, pues Jesús aún no había sido glorificado" (Juan 7:39). Hasta que Jesús hubo resucitado y ascendido a los cielos, El no había sido instalado como la Cabeza de la Iglesia, ni había sacado la grandeza y dones del Espíritu. Entiéndase que cuando Jesús ora al Padre: "Glorifica a tu Hijo" está pidiendo la resurrección y todas sus beneficiosas consecuencias; ya que es por la resurrección que fue manifestada claramente Su divinidad: "Fue declarado Hijo de Dios con poder, conforme al Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos: nuestro Señor Jesucristo" (Romanos 1:4). Manton lo comenta así: "El significado de esta oración de Jesús es como si hubiera dicho: Padre, yo he abandonado mi gloria y pongo mi vida; sostenme con tu brazo, que Yo pueda vencer la muerte; y levántame de la tumba con triunfo y honor; que Yo pueda entrar en gloria; y llevando cautiva la cautividad, recibir el principado. Que por mi resurrección, la publicación del Evangelio y el juicio final, la gloria de mi divinidad pueda ser difundida y reconocida."

El Argumento

Leemos: "Para que también tu Hijo te glorifique a ti"; es usual en las oraciones hablar en tercera persona y eso hace Cristo aquí. Esto puede ser entendido en varias maneras; parcialmente por ejecutar o hacer la obra de Dios; o que Yo pueda destruir los enemigos y salvar a los elegidos. Parcialmente por medio de la predicación del Evangelio en el nombre de Cristo, para la gloria de Dios Padre. Como si Jesús hubiese dicho que deseaba ningún otro fin que no fuese llevar honor a Dios: "Para que también tu Hijo te glorifique a ti".

Hoy vimos: Después de oír la Palabra de Dios, nuestra sabiduría es pedirle. Se expuso así: El Fervor del Señor Jesús en esta oración. Y su contenido, en tres partes: Una palabra de confianza: "Padre, la hora ha llegado." Una petición: "Glorifica a tu Hijo." Y por último un argumento: "Para que el Hijo te glorifique a ti."

APLICACIÓN

1. **Hermano: La oración es la mejor llave para sellar el corazón, porque primero abre la puerta al cielo.** Una cosa es oír un sermón predicado y otra muy distinta es ser beneficiado espiritualmente. La predicación no es sólo oír, sino también hace, y el hacer no es posible sin la bendición de Dios, la cual se pide en oración. De inmediato ores, pues de lo contrario estarás perdiendo el beneficio del favor de Cristo. Hasta que no respondas adecuadamente, tu comunión con el Señor no sería posible; por eso cuando Cristo te hable, sería tu ganancia hablarle otra vez a El.

Además ten presente, que si bien es cierto que al orar debemos venir a Dios con la confianza de un hijo con su padre, cuida que tal confianza no disminuya tu reverencia; puesto que hay una infinita distancia entre Dios y nosotros. Cultiva, pues, pensamientos reverentes de Su excelencia, hazlo glorioso en tu corazón, y esto al concebirlo más excelente que todas las demás cosas: "Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria y el honor y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas" (Apocalipsis 4:11).

2. **Amigo: La gloria de Cristo, o Su oficio, es salvar.** El Señor Jesús en este versículo ruega al Padre que le glorifique, o que le de poder para vencer el pecado, al diablo y la muerte, y así salvar a los hombres. Entiende, pues, que El vino del Cielo a salvar pecadores como tú y como Yo, o que ahora mismo tú puedes ser uno de los salvos. Confíale de corazón, y te salvará.

AMÉN